



Que había perdido su equipo



Y como con José María sí que no podía contarse en tardes tan negrísimas porque se encerraba con pestillo y permanecía sin comer ni beber, apartado del mundo, desentendido del peregrinar de suplicantes que iban desfilando por delante de su puerta encareciéndole uno por uno, con lágrimas en los ojos, que lo hiciera aunque nada más fuese *por Tomás, José María, que sois como hermanos* y Felipe tenía sus cosas y sus prontos pero mala persona no era, terminó por acceder a ponerse en el lugar en que estuviese haciendo falta y que era, aquella tarde en concreto y por desventura, delante del bodegón y para complacer, y se callase de una vez, a la prima Conchita que era muy delicada y con según qué cosas sabía ponerse pesadísima.

Y debía de ser que el bodegón era una de esas cosas porque estuvo todo el rato protestando que lo quitasen de allí, por favor, *ese bodegón* — se quejaba, rebulléndose soliviantada en su asiento nerviosita perdida —, de delante de su vista, que la ponía destemplada y con un cuerpo malísimo.

Nadie reparaba gran cosa en tales desajustes o, si se daban cuenta, podía admitir, los dejaban pasar por pura indolencia unos y otros alegando que eran detalles insignificantes sin más valor que el puramente ornamental y que en nada se desvirtuaba por ello la esencia última de...*en fin, creo que ya se lo he mencionado* — a su peluquero o, si el tiempo estaba lluvioso y era una lástima tirar para nada el dinero, a su psicólogo —: el odioso Proyecto.

—Oh, sí — el que estuviera desempeñando el papel siempre tan delicado de confidente —: un tal Felipe...
¿segundo?

“*Tercero*”, pensó después que debería haber rectificado¹, pero...

¹ Pero no rectificó, sin embargo. Ni avanzó en el tiempo ni retrocedió hasta el lugar en el que sin saber cómo ni por qué se encontraba, sola como siempre y cercada por la sensación de inutilidad que acompaña invariablemente a la realización de todos sus actos.

Tenía — eso *sí lo sé recordar* (dice) aunque todo lo demás puede que no lo haya ni pensado recogiendo, con gesto distraído, un mechón gris que se le escapa todo el rato del moño — la mente enteramente despejada y los sentidos bien despiertos; los cinco sentidos espabilados percibiendo los olores, y los colores, y los sabores y los tactos y los gustos...no, uno sólo: el gusto.

Y que el segundo — hubiera tal vez debido aclarar — era muy, muy diferente y un verdadero cenizo sin ni una

El gusto enfermizo, un poco insatisfecho sí puede que porque tan grande y voraz y monstruoso fuese imposible saciarlo por muchos buenos bocados de desatino o de error que una le echara, que “experimentaste, ya desde bien pequeña — decía la tata Gloria (dice) — por el sufrimiento y el fracaso” aunque, a la hora de la verdad...quiere decir a aquella hora exacta en que ni avanzó ni retrocedió de no importa qué lugar o a cualquier tiempo, pasado o por venir, se retorció, ella, la tata, como una anguila y rechinaba los dientes, desencajados los ojos, gritando y gimiendo “¡Yo eso nunca lo he dicho!”.

Y que por qué, quería saber cuando tras la pataleta empezaba a calmarse. Que por qué no había tenido ella nunca que decir eso, una cosa tan fácil, y le tocaban sin embargo palabras como estreptomycin, introspección, indisolubilidad o, la peor de todas, *metracrilato*.

— Oh, pero la explicación es muy sencilla — se apresuraba afable doña Magdalena deseosa de, si no la podía tranquilizar porque el ir prodigando por ahí y a troche y moche la bondad que embargaba su espíritu le estaba vedado, enjugarle por lo menos las lágrimas con su pañuelito recién planchado, de batista, que con las prisas no encontraba.

En cierta ocasión casi llegó a dársela, a hurtadillas... la explicación, claro, y a punto estuvo de acarrear un disgusto muy serio a sus ascendientes y descendientes e incluso — dijo Mariló la de las horquillas — a un buhonero de los desaparecidos hacía décadas de la faz de la tierra que pasaba por allí.

Pero se lo echaron para atrás, al buhonero y a su carromato. La señorita Celsa; con su carromato cargado de sedas riquísimas y especias exóticas y cofres y ánforas llenos de monedas y piedras preciosos...

— ¡¡¡Basta!!!

Pero es que la señorita Celsa perdía la paciencia en seguida; y dijo, además, después de tomar un sorbito de agua que “encendidita me ponéis”, que se lo había inventado y que no se lo podía admitir y, la madre, una señora con mucho temperamento, dijo que pues «ese vejestorio acartona con cara, además, de acelga» la iba a oír.

Y que Séspir — encrespada a su manera tan vehemente que la hacía lanzarse a acusar, sin mayor fundamento, de esto o de lo *otro* a personas que conocía nada más de oídas — se inventó al rey Lear y « ¿qué pasó?» — mirando retadora la madre al claustro de profesores, allí, en todo el centro del proscenio.

Y que pues absolutamente nada y ahí estaba, don Güiliam con todos los honores; que a ver por qué, entonces, que alguien se lo explicara, su niña no...

pizquita de sentido del humor, y suspicaz hasta extremos que imaginaba siempre, como sucedió aquella vez con el camión de los cartones viejos y el gato del registro, que los insultos — “descalificaciones”, en el decir de los hipócritas — iban dirigidos a él.

Pero el peluquero ya le estaba, con aquella manera tan sutil de darle a entender que la sesión se había acabado, ofreciendo el espejo con una mano y quitándole el peinador con la otra...

Así que se calló.

i

ⁱ Este archivo lo encontré así; con la nota al pie en rojo y una redacción en la que parece estar faltando algo o sobrando alguien. Pensé suprimirlo — como ya, total, he faltado a mi palabra y sí que he tocado cosas —, pero luego me dije “anda, déjalo, no vaya a ser que quitarlo sea peor”.